

J. I. WAGNER

Ilustrado por J. G. RATTI

Los casos de Timmi TOBBSON

EL SECRETO DEL ÚLTIMO PIRATA


**¡CON
JUEGOS
VISUALES**
PARA TODOS
LOS
NIVELES!



**SIGUE LAS PISTAS,
ENCUENTRA LAS PRUEBAS
Y RESUELVE LOS MISTERIOS.**

DESTINO

¡Que esperen en contacto! Timmi Tobbsón es el agente más famoso de la serie de aventuras. Este libro es el primer caso de la serie. ¡Ilustraciones increíbles!

Timmi
TOBBSON

EL **SECRETO**
DEL **ÚLTIMO**
PIRATA

de **J. I. WAGNER**

Ilustrado por **J.G. RATTI**

*Para todos aquellos que aún conservan un brillo en los ojos,
amor en el corazón y sueños en la cabeza.*

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Timmi Tobbson: Secrets of the Last Pirate*
© J. I. Wagner, 2022
Ilustraciones de J. G. Ratti
Diseño de freshamedia GmbH
© de la traducción: María Teresa Marcos Bermejo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2023
ISBN: 978-84-08-26672-3
Depósito legal: B. 21.304-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La noche antes...

La radio emitió unos ruidos, luego sonó una voz.

—¿Está seguro? —graznó—. De momento no hay movimiento.

—Oh, ya vendrá —dijo el hombre sobre cuya mesa reposaba la radio. Se hallaba sentado en un sillón grande cuya forma curvilínea se suponía que debía recordar a la cola de una ballena. Le rodeaban gruesos cristales del suelo al techo, tras los cuales se veían peces que nadaban atravesando una y otra vez la luz de los focos.

El hombre se encontraba en un espacio rodeado por completo de agua. Las pantallas que pendían del techo por encima de él y mostraban los vídeos de las cámaras de vigilancia iluminaron su rostro. Él las observaba con atención.

—¿Alguna vez me he equivocado, Erik? —preguntó el hombre.

—Claro que no —respondió Erik por el aparato de radio—. Pero sé lo importante que es esta operación para usted. Simplemente hay ciertos detalles que me ponen nervioso.

—¿Qué pasa? Explíquese.

—Ha revelado la ubicación del *Belle*. Ya sabe usted lo que eso significa. Quiere que encuentren el tesoro y, por tanto, el cofre —dijo Erik. Sonó nervioso. No estaba acostumbrado a criticar al hombre que tenía delante ni a expresarle sus dudas. Eso había sido la pérdida de muchos antes que él. Pero este proyecto era demasiado importante. La supervivencia de la organización podía depender de él.

—Soy plenamente consciente de lo que pretende hacer. En caso de que encuentren el tesoro, ya se encargará su equipo de

que el cofre permanezca oculto. No caerá en manos de nadie más aparte de las nuestras. ¿No es así, Erik?

—Tengo a mis hombres preparados —respondió él—. Pero de momento nadie ha encontrado el tesoro. Nosotros lo hemos estado buscando, como ya sabe, pero allí no hay nada.

—No sea necio, Erik —le increpó el hombre, que sonaba molesto—. Por supuesto que tiene que haber algún escondrijo por allí.

Mediante una pequeña palanca cambió la orientación de una de las cámaras de vigilancia. En la pantalla se veían tres frasquitos colocados cuidadosamente en fila en el interior de una cesta. Dentro de ellos, brillaba un líquido verdoso. La habitación parecía una especie de laboratorio, un espacio de investigación científica.

—Sin que lo sepa, nosotros le hemos hecho llegar toda la información. Sigue creyéndose un genio y considera que ha conseguido hacerse con ella gracias a su ingenio. Siempre ha sido un presuntuoso.

El hombre se reclinó sobre su sillón y volvió a revisarlo todo mentalmente: «Gracias a nosotros sabe de la existencia del tercer elixir y en qué parte del *Volante* está, tiene los planos, el plan de operaciones de los vigilantes y el lugar en el que el barco echará el ancla esta noche. Solo tiene que venir».

De pronto algo se movió en una de las pantallas.

—¿Ha visto eso? —preguntó Erik—. ¿Qué demonios es?

En el monitor se veía una araña metálica del tamaño de una mano. Iba hacia los frasquitos de vidrio cuidadosamente colocados.

—Una sorpresa teledirigida —dijo el hombre—. Supongo que no viene en persona. Ya lo atraparemos mañana.

Su ritmo cardíaco, por lo habitual calmado, se aceleró al observar cómo la araña no cogía un frasquito, sino dos, y desaparecía de inmediato con ellos.

—De modo que aún vive —murmuró reclinándose hacia atrás.



CAPÍTULO 1

El barco del tesoro hundido

Yo estaba flotando tranquilamente en el agua con los ojos cerrados. Sentía el calor del sol por arriba, y por abajo, el frescor del mar. Como también tenía sumergidas las orejas, podía escuchar mi propia respiración. Estaba totalmente relajado. Me sentía de maravilla.

¡Plas! Algo cayó en el agua justo a mi lado y me sacó de mis ensoñaciones. Miré a mi alrededor sobresaltado. Junto a mí flotaban unas gafas de bucear y un esnórquel.

—¡Eh, tú, soñador! —me llamó Lilli—. Deberías dedicarte a practicar buceo en lugar de andar ahí flotando.

Lilli y Marvin estaban sentados con los pies colgando por la borda del barco de expedición, que se había convertido, desde hacía unos días, en nuestro hogar, y me miraban.

En realidad, debería estar practicando buceo. Porque, por mucho que me gustara contemplar desde la superficie la vida submarina a través de unas gafas, me costaba verdadero trabajo respirar con el esnórquel. Y ya no digamos con una botella de aire comprimido. Seguramente se debía a mi asma.

—¡Baja a ver los restos del *Belle*! —gritó Marvin.

A unos siete metros por debajo de mí, se encontraban los restos del naufragio del *Belle*. En su día, había sido el mayor barco del tesoro de la flota del pirata Lotterlulu. Su misión consistía, entonces, no en apoderarse de barcos ajenos, sino tan solo en transportar los tesoros producto de sus botines.

EL BARCO DEL TESORO HUNDIDO

–Es que no soy capaz de respirar con eso –respondí.

–No te lo pienses más –dijo Lilli.

–Inténtalo –me animó Marvin–. ¡Seguro que lo consigues!

–Que no eres de azúcar –añadió Lilli. Luego se inclinó hacia Marvin y dijo algo en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que yo pudiese entenderlo–; sino de madera, un tronco a la deriva. Lleva una eternidad flotando en el agua, sin moverse.

Marvin bajó la vista para mirarme y ladeó la cabeza. Parecía estar pensando muy en serio si yo me parecía a un trozo de madera.

–¡Está bien! –grité. Me coloqué las gafas de bucear y me metí entre los dientes la boquilla del esnórquel.

Marvin sonrió y aplaudió con las manos para darme ánimos.

Suspiré en silencio. Tranquilo. Me di la vuelta despacio poniéndome boca abajo, sumergí la cara en el agua y dirigí la vista hacia los restos del naufragio.

En ese momento, las tres arqueólogas estaban manipulando unas mangueras enormes que aspiraban la fina arena de los restos del *Belle*. De aquel modo iban limpiando el barco pieza a pieza sin dañarlo.

Hasta ahora no habían encontrado ningún tesoro de oro o joyas, pero tenía que haber alguno; al fin y al cabo, se trataba del barco del tesoro de Lotterlulu. Las arqueólogas estaban convencidas de que la tripulación del *Belle* llevaba regularmente su carga a tierra y la ocultaba en algún lugar secreto.

Incluso existía una leyenda según la cual el escondite se encontraría al final de «una vela eternamente encendida». Pero allí no había ninguna vela, y menos aún ninguna que siempre estuviese encendida.

Una de las buceadoras me hizo señas. Era Amilia. A mí me pa-

recía supersimpática, y seguro que, además, era muy inteligente. Otro gesto de su mano me dio a entender que quería que bajara con ella. Sacudí la cabeza.

Ella hizo un gesto negativo y dirigió su atención a los restos del naufragio: hoy las tres habían descubierto algo que interpretaban como una especie de escafandra. Las escafandras antiguas, en realidad, eran esferas metálicas con unas pequeñas ventanas de vidrio. Por medio de una manguera, se conectaban con una barca que estaba en la superficie. A través de dicha manguera, podían bombear hasta abajo aire fresco dentro de la escafandra.

¡Aire fresco! Esa estúpida escafandra me había recordado el aire fresco y ya me costaba respirar. «Tranquilo. Trata de distraerte».

Decidí pensar en Lotterlulu. Era conocido por su ingenio y, además, contaba con los medios necesarios para contratar a los mejores ingenieros. Eso podía comprobarse en su propio barco, el *Estrella Fugaz*, que estaba lleno de artilugios. Después de haber descubierto el barco en una de nuestras últimas aventuras, este fue investigado a fondo antes de que lo adquiriera un coleccionista anónimo, y tenía entusiasmados a científicos del mundo entero.

Yo me alegré muchísimo cuando me enteré de que íbamos a poder participar de nuevo en el descubrimiento de uno de los barcos de Lotterlulu. Aún no habían pasado ni dos semanas desde la llamada de James Eckles en la que nos informaba sobre el *Belle*. Como en nuestra última aventura le habíamos ayudado mucho, nos había invitado a Lilli, a Marvin y a mí a asistir a la recuperación de los restos. Tuvimos que rogarles bastante a nuestros padres para que nos permitiesen hacer el viaje. Estuvieron de acuerdo solo porque un equipo de arqueólogas iba a cuidar de nosotros.

EL BARCO DEL TESORO HUNDIDO

Ahora estaba respirando de nuevo tranquilo y de forma regular.

El mundo submarino era realmente fascinante. Y, hoy en día, la gente puede explorarlo con cierta comodidad. Con botellas de aire comprimido y aletas, te sientes seguro, casi como un pez. En tiempos de Lotterlulu, había que ponerse encima un casco que pesaba toneladas, y costaba bastante trabajo caminar por el fondo de arena.

De repente, me abordó un pensamiento. Saqué la cabeza del agua, me quité las gafas y el esnórquel y me dirigí hacia Lilli y Marvin, que seguían sentados con las piernas colgando por la borda del barco.

—¿Para qué necesitarían los piratas una escafandra?! —les grité.

Se me quedaron mirando, parecían no haberme entendido. Casi al instante, algo llamó mi atención.

Como las tres arqueólogas estaban buceando justo debajo de mí, Lilli y Marvin debían de encontrarse solos a bordo del barco, aunque no lo parecía.

Nervioso, les grité:

—¿Alguno de los dos se ha levantado en estos últimos minutos?!



¿Qué fue lo que me llamó la atención?

Ojo: a veces hay que volver atrás para encontrar la pista que puede solucionar el misterio. Si no sabes qué hacer, al final del libro encontrarás un consejo para cada enigma. La solución la descubrirás al principio del siguiente capítulo.

